

Voces en la ribera del mundo

Diana P. Morales

NDICE

DRAMATIS PERSONAE	9
MI EXISTENCIA NO HA SIDO EN VANO (Hidalgo)	15
INTENTOS DE COMUNICACIÓN (Emma)	35
MÁS ALLÁ DE TODO FRÍO (Kinaya Ngiri)	61
LA PEOR RESACA DE OLYA SOLOVIOVA (Olya Soloviova)	93
LOS ADULTOS ESTÁN TRAMANDO ALGO (Gizem y Otto)	119
QUALIA Y LA CANCIÓN IRREPETIBLE (Qualia)	137
FÁBULA DEL MUCHACHO QUE HUÍA TODO EL TIEMPO (Espartaco)	161
VOLVERÉ (Ludger van der Alt)	183
¿ACASO NO SON MUERTOS VIVIENTES? (Charles-Henri Bouvier y Guillaume Planchard)	207

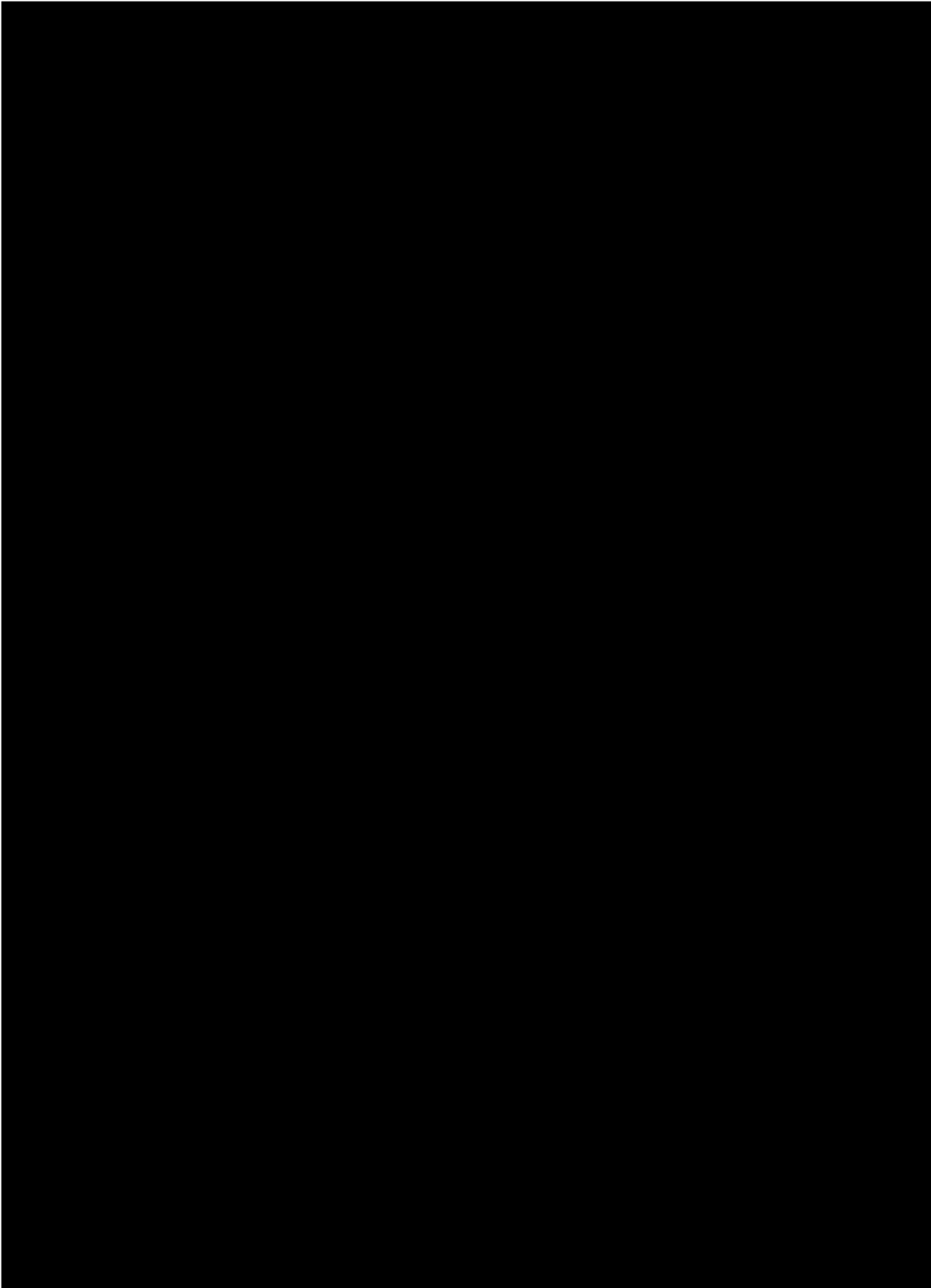
LAS LEYES DE LA FÍSICA (Yu Jei Huang)	223
LES ENTIENDO PERFECTAMENTE (L. A. S.)	251
GRIETAS POR LAS QUE SE CUELAN LAS VÍBORAS (Presidenta Newman-Jackson)	261
ALEA IACTA EST (Martín Fernández)	283
EPÍLOGO: Y ES SÓLO EL PRINCIPIO	319
AGRADECIMIENTOS	345

En la segunda mitad del siglo XXI, cinco naves de la NASA parten de la Tierra para buscar planetas habitables y vida extraterrestre: el Proyecto *Paradiso*. Esta es la historia de las personas que viajaron en esas naves –y de quienes quedaron en la Tierra– hasta su regreso.

MI EXISTENCIA NO HA SIDO EN VANO



HIDALGO



MI EXISTENCIA NO HA SIDO EN VANO

Parte uno

UN DESCUBRIMIENTO EN SSHOTZ

Digamos que para cualquier *Sshotsezi* carece de sentido soñar con el espacio exterior.

Sólo hay que ponerse en el lugar de una de estas criaturas, por ejemplo, *Sshotsezi* 85, antigua, grande, enorme como algunas montañas de su mundo. Desplaza su cuerpo blando y circular en el océano que es su medio natural, un agua surgida quién sabe cuándo, en ese planeta cubierto completamente por el hielo. *Sshotsezi* 85 llegó a la vida tras *Sshotsezi* 84 y después de *Sshotsezi* 83. Es, por tanto, la octogésima quinta criatura inteligente en habitar este lugar desde el *Gran Despertar*, hace miles de ciclos. Aunque no la última: ese lugar lo ocupa 87, a quien han dado el Nombre Sagrado de *Ssihnola*, “quien investiga”, o también “quien crea”; es muy infrecuente que se hagan preguntas, y sólo quienes se hacen preguntas sobre el mundo pueden cambiarlo.

Ssihnola ha estudiado su entorno, y ama los números y las adivinanzas. Además, ha viajado más que cualquier *Sshotsezi*: ha recorrido de un extremo a otro el mar sumergido en el que habitan —un mundo acuoso en el que el silencio se expande blando y terco como una pregunta sin respuesta.

Va en busca de otras criaturas, en busca de otras fronteras. En busca de una salida.

—¿Por qué no disfrutar de la inalterable belleza de la quietud de las cosas? —suele decirle *Sshotsezi* 85, dejando llevar su vasto cuerpo muy lentamente por la corriente subacuática—. Siempre llega la misma luz del día a través del Borde del Mundo; las corrientes son

siempre las mismas, con sus vaivenes y susurros. Sólo existe nuestra colonia *Sshotsezi*, la eterna. No hay más.

Ssihnola, con cautela, nada hacia una cornisa de piedra del límite de la fosa en la que habitan, y su cuerpo enorme, circular y elástico, se repliega para acomodarse a las formas y los riscos.

—Nada es lo mismo para siempre, 85 —responde—. Sabemos por las Antiguas Mediciones que las corrientes se han alterado y las lunas están más cerca de nuestro planeta. Y los bordes de hielo de nuestro mundo son más finos junto a la fosa de UtShuss.

85 mueve apenas uno de sus múltiples volantes de su cuerpo esférico, su piel brillante de excitación:

—¿Qué importa que el hielo sea más fino? ¿No sabemos acaso que aunque rompamos nuestro techo de hielo no podemos subsistir ahí fuera? Nuestros cuerpos no soportan el frío exterior, no podemos respirar a través de nuestra piel como aquí, bajo el agua, ni alimentarnos sin las pequeñas criaturas marinas. El mar nos da la vida.

—Pero...

—Ya se ha intentado antes; sin duda recuerdas que te hemos hablado de *Ssihnola Sshotsezi* 63, que también investigaba y exploraba como tú. Casi termina sus ciclos en sus intentos por salir al exterior. Y tú pretendes seguir su camino.

Una reverencia confirma la respuesta.

—Deseo comprobar que no estamos solos. Debe haber alguien más y en este mar no hay nadie. Ni en la superficie cercana, pues habríamos percibido el movimiento.

—Fuera no existe nada, ¿cómo podría? —A su alrededor se forma un cáliz de burbujas ante su movimiento tenso—. Nada podría crecer en esa roca inerte que llamáis mundo exterior; sería tan impensable que sobreviviera algo en el vacío helado de ahí fuera como en las burbujas llameantes de las estrellas.

Sshotsezi 87, *Ssihnola*, guarda reverente silencio, contemplando su vasto mundo marino y vacío. 85 infla su amplio cuerpo con orgullo y concluye:

—Disfruta la quietud de la existencia, la belleza de los rayos de luz que atraviesan el gran Borde del Mundo y dibujan formas sólo para nosotros. Sólo está Sshotz, eternamente, para siempre.

87 no le cree, y hoy va a recibir pruebas de ello.

Nada hasta el borde superior de la fosa: el agua está cada vez más fría al alejarse de la fisura magmática que la calienta y proporciona el latido de la vida. Mueve su cuerpo, más grande que el de sus antepasados, hasta tocar la capa de hielo que sella la superficie del mar en el que viven y que les encierra. Eternamente *Sshotsezi*. En soledad eterna.

Sshotsezi 85, después de todo, se encuentra al fin de sus ciclos y no ve con claridad lo que 87 ve: las Antiguas Mediciones han concluido que las mismas criaturas *Sshotsezi* están cambiando. Si continúan creciendo al mismo ritmo, y aumentando en número, dentro de cinco generaciones no habrá suficientes nutrientes en esa prisión de hielo para alimentar a la colonia. Ahora sólo son veintiséis en todo su mundo y están casi al límite de espacio. Son grandes, cada vez más grandes. Y cada vez más numerosas.

“¿Qué sucederá cuando no haya sitio suficiente, cómo podremos vivir ahí fuera? ¿Y si incluso el mundo exterior entero, rígido y frío, se nos hace pequeño más adelante? ¿Cómo salir?”, pero su pregunta choca contra el plateado Borde del Mundo que les cubre.

87 ha observado la cenital luz de su estrella atravesando el hielo infinidad de días similares unos a otros como burbujas. Ha contemplado el brillo de otras estrellas en sus noches, y ha estudiado las observaciones de Antiguas Mediciones sobre objetos lejanos, tan lejanos que son sólo un pequeño punto cuya luz apenas puede verse a través del hielo. Pero los ojos *Sshotsezi* son penetrantes —han de poder distinguir criaturas marinas en la oscuridad del fondo de su mar— y llegan hasta muy lejos.

Y hoy, en el día 201 de su ciclo 132, *Ssihnola* lo distingue —porque siempre está mirando al horizonte: una luz en la distancia, más allá de toda superficie, que titila de forma intermitente. Un destello, un destello de nuevo. Dos destellos, tres destellos, cinco, ocho destellos. “ $2+3=5$ y $3+5=8$ ” piensa *Ssihnola*. “Y $5+8=13$ ”. Y entonces las

luces parpadean exactamente trece veces. Y cuando la enigmática secuencia se repite, exactamente igual que antes (1, 1, 2, 3, 5, 8, 13), pierde de vista al objeto.

Está claro: es un ser vivo. Más que vivo, inteligente. Nada en la naturaleza produce una progresión de números en la que cada cifra es la suma de las dos anteriores. Lo que provoca esos destellos es tan inteligente que puede trasladarse rápidamente de una estrella a otra y avisar de su paso con señales regulares e inconfundibles. ¡No sólo salir a la superficie, sino incluso más allá!

Y así, *Ssihnola*, *Sshotsezi* 87, descubre que su existencia tiene un propósito: buscar la forma de comunicarse con ese ser, si regresa algún día. Hacerle saber que la colonia *Sshotsezi* está viva. Que están aquí y su existencia importa en este mundo.

Y empieza a prepararse para ello. Dos destellos, tres destellos, cinco, ocho, trece destellos...

Parte dos

HIDALGO, ¿DÓNDE MIERDA TE HAS METIDO?

Cuando volví a abrir los ojos habían pasado diecinueve jodidos años. ¡Como os lo cuento, diecinueve años nada menos desde que salí de la Tierra! Bueno, ¿qué vais a entender vosotros? Bah. Pero os lo cuento igualmente, sé que os gusta que os repita esta historia.

Total, que cuando me repese de toda la mierda de la hibernación —que era un coñazo muchísimo mayor del que nos había contado la doctora Drovnik, que dirigía el Proyecto *Paradiso* en la NASA—, miré por el maldito ventanuco de la nave y la *Olimpus* estaba en mitad de sabe dios dónde, tan cerca de una estrella que su luz parecía que me iba a arrancar las córneas.

Sí, exacto, era Kapteyn, y estábamos en buen camino para concluir la misión. Por si acaso, se lo pregunté a Zeta.

—¡Ah de la casa, cerebritito de la nave! ¿Todo bien? ¿Sigues viva?

—Bienvenido de nuevo, Hidalgo. —La voz electrónica y femenina sonaba igual que antes del despegue, radiada desde todos los altavo-

ces de la *Olympus*—. Todo bien. El viaje ha sido más largo que *un jodido día sin pan*.

¡Qué graciosa es Zeta! ¿Verdad? Es porque yo le he enseñado a hablar, claro: me dijeron que las IA de la nave se adaptan a quien trabaja con ellas, y me partí de risa en los entrenamientos viendo la cara de la Drovnik y Parker, el otro mandamás del proyecto, ante las salidas de tono de la IA de mi nave. ¡Mereció la pena cada maldito segundo que estuve enseñándole insultos a la máquina!

En fin, que me senté de nuevo en el asiento del piloto y comprobé que Zeta tenía razón —aunque la jodida era imposible que se equivocara—. Se había recargado la energía en las velas solares sin problemas, los motores funcionaban, el oxígeno seguía casi al máximo.

—Todo preparado para completar la misión entonces, ¿verdad?

La voz de Zeta me respondió instantáneamente:

—Hay un 82 % de probabilidades de éxito en el aterrizaje en A098TH4. El planeta...

—¡No me hables con cifras, joder! ¿Qué te tengo dicho?

—Perdón, Hidalgo —agregó con su voz metálica—. Quería decir que el aterrizaje *va a ir de puta madre*.

—Así me gusta.

Le había enseñado que si una probabilidad era superior al 80 % la traducción era “de puta madre”. Y menos del 20 % “estamos bien jodidos”.

—¿Todavía tenemos que llevar esas puñeteras luces? ¡Si ya estamos llegando a nuestro destino!

Le señalé los destellos a intervalos regulares que emitía la nave. Uno, uno, dos destellos, tres, cinco, ocho destellos y luego trece. No sé qué cosa de Fibonacci. Una pesadez del demonio.

—Una de nuestras misiones principales es la búsqueda de vida inteligente extraterrestre, Hidalgo. Ya sabes que con esos láseres ultraintensos nos hemos hecho notar desde que abandonamos el sistema solar, por si alguien captaba nuestra presencia por el camino. La secuencia de Fibonacci dará una pista a quien nos vea de que somos inteligentes, no existe ninguna sucesión numérica como esa de forma natural

en el universo –me explicó Zeta–. Además, emitimos también ondas de radio de...

–Vale, vale. Lo que tú digas.

No me interesaba un pijo, como os imaginaréis. Comí unas latas de pasta nutritiva de esa, que sabe a rayos pero al parecer alimenta que te cagas, y empecé a analizar datos del planeta Kapteyn B y la ruta para acercarnos a él.

–De hecho... –Zeta hizo una pausa dramática–, a lo largo del viaje hemos descubierto hasta tres planetas con posibilidades para la vida en nuestro camino. Nadie nos ha contactado ni he detectado actividad, pero están localizados en el diario de viaje por si queremos realizar una parada a la vuelta.

–¿Qué quieres decir con eso de “queremos”?

Me levanté y me di la vuelta, como si Zeta estuviera de pie detrás de mí.

–Bueno –dijo Zeta–, uno de los planetas tenía suficiente atmósfera para albergar vida; otro estaba helado y lejos de su sol, pero detecté agua líquida bajo la superficie de hielo, y el tercero...

–¡Para ahí el carro! Eso no está en mi contrato, ¿o sí?

–Bueno... No exactamente.

–Sí. Exactamente –concluí, sentando mis posaderas de nuevo en el asiento del piloto–. No está. Lo que dice mi contrato es... A ver, pon en pantalla la página dos.

Inmediatamente apareció el texto y lo leí en voz alta, aunque ella puede leer de sobra.

–“... el objeto del contrato es el viaje al planeta Kapteyn B en la órbita de la estrella Kapteyn para confirmar la existencia de vida, las posibilidades de habitabilidad y la presencia de minerales”. Fin. Punto pelota, máquina, ¿de acuerdo?

¿Lo veis? Zeta en realidad es una listilla, yo siempre os lo digo. Cuidadito con ella. Ya me quería marear llevándome a tres planetas más nada menos. ¡Sólo faltaría! Yo había venido aquí a hacer mi maldito trabajo: llegar, confirmar que la roca estaba pelada y era inhabitable, y volver a disfrutar de una vida tranquila en Hawái, uno de

los últimos lugares que podían ser considerados un paraíso en el estercolero en que se había convertido nuestro planeta.

Que sí, ya os lo he contado muchas veces: la Tierra estaba en las últimas. ¿Que qué tenía? Bueno, acabaríamos antes si os pudiese contar lo que NO tenía: aire limpio, agua potable, calor... El cambio climático había desbaratado las corrientes marinas y congelado casi todo el hemisferio norte, muertes a tutiplén, migraciones, pandemia, guerras. Un caos. Y lo que sobrevivió, pues... íbamos tirando, pero con mucho desempleo y condiciones físicas cada vez peores.

Yo mismo no las había tenido todas conmigo para conseguir este trabajo. Éramos casi una treintena de pilotos, la mayoría anglosajones –y vale que estábamos en el siglo XXI, después de las leyes de Unificación Racial, pero a los de origen mediterráneo nos seguían mirando por encima del hombro–. Y para colmo yo era el último de mi promoción de pilotos espaciales, ¡y a mucha honra! Que otros venían con papis ricos y estudios pagados y yo me lo saqué todo a golpe de sudor.

¿Os he contado esa primera reunión? ¿No? ¡Uf! Era de lo más formal y elegante todo. La gente estaba en silencio como en una jodida operación quirúrgica. Nadie tenía ni idea de qué iba la cosa, porque era todo supersecreto, pero, viendo esa parafernalia, fijo que la paga iba a ser alucinante. Y yo quería meter la cabeza como fuese.

–Les advertimos –empezó diciendo la doctora Drovnik, una polaca madurita de muy buen ver– que participar en el Proyecto *Paradiso* supondrá que, a vuestro regreso, vuestros seres queridos hayan envejecido... o incluso muerto. *Paradiso* puede cambiar la historia de la humanidad –continuaba la doctora–, descubriendo planetas habitables, puesto que la terraformación de Marte ha demostrado ser más cara y compleja que encontrar un planeta nuevo... Y con esta misión, de paso podríamos incluso dejar de estar solos en el universo y ponernos en contacto, por fin, con civilizaciones extraterrestres.

Un murmullo se extendió por la sala. El piloto Jameson, mi compañero de asiento, me guiñó un ojo.

—Mira por dónde igual encuentras a alguien que se acueste contigo, Hidalgo. Porque en este planeta ni de coña.

Le di un codazo. El muy capullo era un ligón de cuidado, con su pelito rubio y toda la pesca. Tomó la palabra otro de los responsables de proyecto, el astrofísico Parker, con una pinta de friki que daba miedo: nariz larga y ganchuda, gafas enormes, granos y pelo despeinado. Ese sí que no se comía un rosco fijo.

—Lo que os ha contado la doctora —la voz de Parker daba tanto repelús como su aspecto— es el objetivo número uno de la misión... Los objetivos secundarios van desde el descubrimiento de nuevas materias, minerales o fuentes de energía. ¿Por qué creéis que hay tanta inversión privada financiando esta misión? Tenéis toda la información en las pantallas frente a vosotros.

La doctora Drovnik se situó en el centro de la sala, y mientras hablaba, tras ella aparecía en pantalla un esquema que mostraba los pasos básicos de la misión.

—Hemos elegido los cinco planetas, de entre los últimos descubiertos, con mayores posibilidades de albergar vida o ser habitables. Afortunadamente, en las últimas décadas se han descubierto muchos más planetas con esas características en estrellas cercanas. —Se paseó por la sala, mirándonos a los ojos—. No estáis casados, no tenéis hijos ni cargas familiares y sois jóvenes, aún no habéis cumplido los treinta y cinco. Por eso estáis aquí. Pero este proyecto exige un sacrificio muy grande: huir de vuestro propio tiempo. Por eso necesitamos que los cinco pilotos, y sus cinco sustitutos, sean voluntarios.

Ya, ya sé lo que estáis pensando: yo no doy el tipo de héroe. ¡Joder, y tenéis razón! Salvar a la humanidad y esas chorradas no van conmigo. Pero salvar mi culo..., ah, esa es otra historia. Por ahí vamos bien encaminados. Yo me dejé la piel para entrar en el cuerpo de pilotos espaciales con el objetivo de realizar vuelos regulares y aburridos a los satélites transportando piezas y astronautas, sobrevivir y, con suerte, tener una jubilación algún día. Básicamente, ser camionero del espacio, vaya. La paga era grande y el riesgo pequeño: mi trabajo perfecto.

Esta misión tenía la pinta de ser justo todo lo contrario: una puta locura de principio a fin. A la vista de los resultados no me equivocaba, aquí estamos, ¿no? Pero sigo contando. No tengáis tanta prisa.

—Joder, ni loco me meto yo en ese lío —recuerdo que le dije a mi colega Jameson, mientras él estaba echando un vistazo a las condiciones y el salario.

—¿No querías retirarte antes de los cuarenta y cinco en Hawái? —me preguntó. Y señaló la paga por viaje, con tantos ceros que mareaba. Debajo había otra cifra: una cuarta parte, pero muy golosa también. Y sin exigencias ni riesgos.

—Yo creo que me conformo con una buena paga extra. —Puse mi dedo sobre mi puesto ideal: *sustituto*.

Así fue como, junto con otros ocho pilotos, cuatro hombres y cuatro mujeres, Jameson y yo entramos en el Proyecto *Paradiso*.

Y cinco meses después, Jameson se casó con una de ellas y a mí me tocó la china de sustituirle en el viaje al planeta Kapteyn B. Hay que joderse.

Total, que firmé el contrato y las pasé canutas durante siete meses de entrenamientos maratonianos. Uno pensaría que ser elegido para el gran honor de esa misión habría cambiado mi suerte por completo, que todas las puertas se habrían abierto frente a mí: clubes selectos, invitaciones a fiestas de Hollywood, entrevistas en televisión, y en superblogs. Y, por supuesto, mujeres, mujeres por doquier que se quitarían las bragas a mi paso.

Una mierda para mí: no pasó nada de eso.

—El presupuesto de esta misión es astronómico y, por eso mismo, secreto, el mundo no puede saber que estamos gastando dinero en esto, tal como están las cosas —me explicó un día la Drovnik—. Como secreta debe ser tu misma existencia ahora mismo.

En fin, un asco todo. Pero al menos —¡al menos!— tenía la promesa (por contrato, no lo olvidéis) de que a mi regreso me esperaba mi jugosísima paga y, gracias a ella, mi retiro en el paraíso tropical. Todo lo que tenía que hacer era aterrizar en el planeta, darme un paseíto... ¡y a casita!

Y como ya sabéis, no fue eso lo que sucedió precisamente.

Dieciocho días después de despertarme en la *Olympus*, entramos en la órbita del planeta con el módulo de tierra. Desde la órbita todo pintaba muy bien; mejor que bien. Incluso Zeta estaba sorprendida. ¡Ya os digo!

—Sólo había una probabilidad entre doscientos mil de encontrar atmósfera respirable y una entre dos millones de hallar en el planeta vida vegetal, y esas estadísticas son...

—¡En cristiano, Zeta!

—Este planeta es un *jodiendo milagro*, Hidalgo, señor.

—Un *jodido* milagro, Zeta —le corregí, mientras entraba en el módulo de aterrizaje, el *Prometeo*, y me abrochaba el cinturón, riendo a carcajadas—. Un jodido milagro, tienes razón. Y más milagro es la recompensa que me voy a llevar a mi vuelta. ¡Me ha tocado el gordo por echarme una siesta de veintinueve años! Recuérdame cuánto voy a cobrar, máquina.

—Respecto a eso, señor... —aclaró Zeta, con su voz calmada y femenina—. ¿Leyó usted todas las cláusulas de su contrato, la 17c, en concreto?

—¿De qué me estás hablando, maldita máquina? Claro que lo leí todo.

—Es sólo que la cláusula 17c deja claro que el salario por esta misión no se actualizará según la inflación.

—¿Qué coño me estás diciendo?

—Que en estos veintinueve años la moneda se habrá devaluado un 500 %, y probablemente lo hará otro tanto en el viaje de vuelta. El salario total más la recompensa apenas dará para comprar un vehículo de segunda mano.

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo?! ¡¿Qué demonios?! ¡Me han engañad...!

—*Agarre el culo al asiento*, Hidalgo, señor, vamos a entrar en la órbita del planeta en tres, dos, uno...

—¡¡¡Hijos de puuu...!!!

Sí, fue como os cuento. Entré en el planeta gritando como un poseo. El aterrizaje en el *Prometeo* fue casi un paseo, sobre todo porque en esos momentos lo que tenía eran ganas de matar a alguien. A la Drovnik, al Parker y sus jodidas paranoias de espías rusos..., a todos

los puñeteros responsables del proyecto. Me distraje cuando, al tocar tierra, sentí el tirón de la gravedad en mis músculos, a pesar de estar entrenados con gimnasia de electroestimulación.

Respirar el aire del planeta fue una delicia, aunque la mezcla de CO² era un poco alta, sin duda era apta para el cuerpo humano. Zeta me obligó a salir con traje, por si había algún patógeno alienígena peligroso, por eso tenía esa pinta tan rara cuando llegué aquí.

Sí, ese fue el día que nos encontramos en este paraíso vuestro.

Ya os lo dije, no podía creérmelo: esas aguas azules y limpias, esa vegetación que prometía alimentación jugosa, esa tranquilidad, esas playas con esos árboles como palmeras y, además, ¡vosotros! Reconozco que me llevé un susto cuando os acercasteis. No os riais, jodidos: aparecisteis por todas partes, con ese montón de patitas raras. Y largos como jarrones. Pero resultasteis ser un encanto, tan listos, dóciles y serviciales...

Así que, mirad, hoy ya me he decidido y le he mandado un mensaje a esos gilipollas creídos de la Tierra diciéndoles que aquí no había una mierda y que la nave se ha estropeado; aunque el mensaje tardará años en llegarles, así me aseguro de que me dejan en paz. Incluso he averiado el dispositivo de comunicación para evitar que Zeta sienta la tentación de hablar con ellos y contarles la verdad; esa jodida máquina es muy responsable.

Que les den. Yo me quedo aquí, en este paraíso de aire puro, playas y relax. La compañía no está mal: sois obedientes y me tratáis a cuerpo de rey.

Pero bueno, vosotros tampoco entendéis mucho de lo que estoy contando. Me gusta saber que al menos os estoy enseñando a hablar y algunas nociones de matemáticas. Mi existencia no ha sido en vano, joder.

Anda, traedme otro zumo de esta fruta de vuestros arbolitos tropicales y vamos a ver otro capítulo de *Friends*. Es una serie muy vieja, pero me parto con esos chavales.